

# PANORAMA

## 8

### FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

( 1 8 3 9 - - 1 9 1 5 )

SUS hijos adoptivos decidieron un día que no llegase a él directamente el sueldo de profesor. Su modesto haber como catedrático de filosofía en la Universidad de Madrid iba a parar, muy a primeros de mes, a los menesterosos y lastimados de toda suerte que, conociéndole, ponían así a prueba el impulso irrefrenable de su bondad. Don Francisco daba a los otros y no guardaba para sí. El diálogo era, más o menos, éste:

—¡Pero don Francisco, si ya no le queda nada; lo dió todo, y estamos a cinco del mes!

El abuelito acariciaba su barba de nieve, y cual una criatura sorprendida en falta, mecía la cabeza, oscilando entre dos deberes contradictorios. Una cabeza que, más que por el sol, su gran amigo, parecía atezada y curtida por el alma en brasa de que era espejo.

—Sí, tenéis razón; pero si hubierais oído a aquella mujer, visto a aquellos niños...

A su persona concedía un mínimo, dentro, no obstante, de las exigencias de subido decoro que él se había trazado. Baño diario, rasgo exótico en el Madrid de hace setenta años; comida y mesa pulquérrimas, ropa diariamente cambiada, pero de calidad ínfima (camisas de a seis reales). No toleraba ser servido por nadie dentro de su austera habitación, y sus trajes eran de extremada modestia. A pesar de ello, tras la humilde envoltura se percibía al señor de estirpe distinguidísima, y ante todo, la prodigiosa dignidad de su espíritu. Pudo serlo todo, brillar como gobernante, o en la vida social más alta. Mas no aspiró a ninguna popularidad; y ante él se recataba la lisonja trivial. Acogía junto a sí a quienes poseían o aspiraban a lograr una jerarquía superior en el plano

Por AMÉRICO CASTRO

del espíritu. En aquella inolvidable sala de recibo conocimos a gentes de toda clase de distinción; lores, artistas, sabios de renombre universal, que experimentaban la maravilla de su trato. La conversación era fascinante. Al dejar una noche su salón en compañía de alguien excepcional que nos visitaba, el viajero insigne hubo de preguntarme: “¿Y hay otras personas así en España?”

Nunca caía en actitudes vulgares o desmayadas. Cierta día le vimos dormir oyendo una conferencia, y al bromearle por ello, su donaire andaluz no se hizo aguardar: “Qué quieren ustedes, el sueño a veces es una opinión”. A los 70 años trepaba a las crestas de la sierra con el brío de un adolescente. En la intimidad de los suyos, mantenía con gracia sutil la alegría y la tensión de los ánimos. Jovial a su hora, grave y arrebatador al penetrar en los recintos esenciales de la emoción y la sabiduría. Improvisando al piano, junto al fragmento importante, surgía acaso el eco de un tono popular. A él oímos decir por primera vez la deliciosa seguidilla, “En la torre más alta de San Agustín, hay un fraile, madre, que canta en latín”. Su gusto por el folklore era extremado, y su huella se advina en la obra de Joaquín Costa, y en los estudios folklóricos de Machado (el padre de los insignes poetas). Escala completa, matizadísima, de una vida a la que nada humanamente digno fue ajeno. Doliente de su última y angustiosa enfermedad, hasta el final se mantuvo firme y sin doblegarse al sufrimiento. “Qué vergüenza, me he entregado”, fueron casi sus postreras palabras.

Paseos inolvidables con el maestro por el terso y deslizante monte de El Pardo, tierra bien "sencida" (como el huerto de Berceo) pasto apenas hollado, que sólo sabía entonces de la ingenua dentellada de los gamos huidizos. Centenarias y solemnes encinas, orondas de barroquismo, hojas en bronce que enmarcaban el azul y el violado de las lejanías. Frente a tal horizonte aprendimos a concebir el sin límite de las cosas. Muchos años más tarde, las perspectivas del Guadarrama siguieron mereciendo el sueño engañoso de un vivir, que, ¡oh miseria!, no volverá. El granito impenetrable templaba su aspereza en la vegetación exacta y sin retórica, y al beso de un aire que cercaba en delicias cada objeto. En la senda solitaria nos precede la grácil y ondulante maravilla de una ilusión, voz de mil sabores, mundo de presencia y de alusiones en que se aunan todos los sentidos. Rumor de aquella recatada fuentecilla, tan difícil de hallar, manante en la peña viva, blando desliz de la roca. Como en la divina canción de Gil Vicente, había que preguntarse, "si la sierra, o la fuente, o la estrella, es tan bella". Paisaje que no enmudece, que no consiente las alas replegadas. Por lo mismo, tal vez confiáramos con exceso en su promesa; aunque ya fue bastante haber podido sentirla tan próxima, y haber podido grabar allá muy dentro sus trémulos espejismos. "Cuando el pueblo español esté a la altura de su paisaje", había dicho Giner.

Bajo la encina, el frugal sustento, que el filósofo santo tomaba con mesura y pulcritud exquisitas. Y veo, como en aquel instante, al niño humilde cruzar ante nosotros, cabecita inclinada hacia tierra en gesto o inconsciente o preocupado, y que adquiere relieve singular contra el silencio de las tonalidades próximas: "¡Oh, los niños ¡Vea el encanto de esa criatura!". Consagró su vida, la mejor y más bella que he conocido, a que los niños españoles...

Mas decir lo que Giner deseaba para su España, para sus hombres futuros, no tolera ser retraído a la angostura de cuatro frases. Prefiero por ahora imaginarlo a él, como persona, oír su voz dulce o severa ("¿cuando va usted a dejar ese tonillo del Albaicín?"); su explicación de cómo la armonía y complejidad de una planta o de cualquier hermoso ser natural no eran menos prodigiosas que las del sistema filosófico de Kant. Momentos decisivos para la integración de una personalidad. Alentaba a la gente moza en forma que luego nos hacía sonreír, al darnos cuenta de todo el alcance de su indulgencia. ¡Qué recibimiento después de cada vuelta por el extranjero! "Pero vean ustedes lo que dice este muchacho, que ha oído hablar a Wundt en Leipzig acerca de una nueva clasificación de las ciencias".

Oía sin prisas, sin impaciencia. Sondeaba el espíritu en todos los sentidos. Qué satisfacción la de acompañarlo a casa, al retorno de la Universidad, por aquellas calles entonces mal cuidadas, a veces embarradas. Don Francisco caminaba con sumo miramiento, no obstante sus zapatos de goma: "Cuidado, decía, los chanclos no son una pa-

tente de corso para andar por el dolo". Luego la charla junto a la estufa, siempre de pie, moviéndose nerviosamente; un acento que quería ser castellano puro, pero que en los descuidos de la inspiración, tan frecuentes, dejaba escapar algunas inflexiones andaluzas. Allí se aprendía a no ser pedante ni amanerado, a eludir la frase hecha. Un buen discípulo de Giner no citaría doctrinas ajenas, sin señalar su procedencia, ni daría como suyos pensamientos de otro. Nos habituaba a sentir los contactos entre la siempre algo adusta especialidad y el complejo total de la cultura. Incitaba a la averiguación rigurosa de cualquier verdad nueva, y mantenía en guardia contra el riesgo de hacer como aquel alemán que nunca leía a Goethe por estar atareado con la estadística del comercio de exportación. A él deben las gentes de mi tiempo y de mi clase conocer la lengua alemana; influyó en la instauración de ciertas industrias al impulsar a unos técnicos leoneses a mejorar los productos ganaderos; hizo revivir la historia artística de España; inició el alpinismo y el gusto por el campo y los deportes; se interesó por las ciencias naturales y biológicas, y de Giner deriva, en última instancia, el amplio incremento científico que conoció España en los últimos treinta años. La moderna educación, a él se debe; y, acaso ignorándolo, en todas partes lo imitan. A él debían centenares y centenares de gentes lo mucho que poseen de seres realmente humanos. He descubierto su huella en los más remotos rincones de España, y aquí, y en México, y en el Camagüey. Su gran faena fue saber labrar pedañitos en las almas abruptas que se le aproximaban, en procura de un claro horizonte. Acontecía que el interlocutor, seducido, prolongaba en demasía su conversar o su escuchar; y en más de un caso le oímos lo que sólo él sabía decir, sin arañar y suscitando sonrisas: "Yo que usted me iba". Y se salía de allí debiéndole algo que valía más que todas las ciencias, clasificadas o no; una postura ante el mundo, y un punto de referencias aun dentro del caos más trastornante.

Sobre Giner no se han escrito gruesos volúmenes, ni en su honor acontecen actos conmemorativos y solemnes. La prensa mantiene vivo su recuerdo entre los mal informados o indiferentes, que son los más. Porque no hizo vibrar el siglo con el tumulto de la proeza bélica, ni fue gobernante al uso, ni forjó una obra literaria en la que siguiera resonando el eco frecuente de su espíritu. No fundó religión, no se le achacan milagros, no descubrió ningún prodigio de la mecánica, no legó al futuro una capital doctrina, científica o filosófica, que perviva desligada de su persona. Fue —no más— una lujosa flor de hispanidad, ofrendada con heroica elegancia en el ara de los callados sacrificios a la patria, según un rito tan prodigioso como inimitable en su belleza.

Suele decirse que para el español esencial la vida es acción, un deber ser, no un afanoso buceo hasta la entraña profunda de los seres. Ahora bien, para los hispanos de tipo sumo, es decir, declaradores de la última substancia de la hispa-

nidad, la moral se vierte en pura estética, en meras y estilizadas formas. Y así las acciones, aun las en apariencia más prietas de contenido, consumen éste en el hecho mismo de su armonioso fluir. La vida recatada de Giner, arisca al encomio y olvidada de la popularidad, era así porque para nada necesitaba de los demás, sino en la medida que le eran precisos para su plástica espiritual y excelsa. Moral y estética, olvido de las relaciones precisas y comensurables, vestibulo para el nihilismo racional, reducción del mundo a puros valores, que me valen sin que yo los conozca ni pueda definirlos.

La voz *inefable* cobraba en labios de Don Francisco (henchido de romanticismo), una expresión muy viva; los procesos interiores, en vías de llegar a determinarse en juicio y doctrina, le importaban más que las formas fijas y definitivas que el juicio y la doctrina revistieran. Una mente la suya que, por principios, adoraba lo problemático y repelía todo cerrado dogmatismo. De ahí que Giner no dejara, a pesar de sus muchos libros, ninguno que expresara con decisión y total nitidez su pensamiento radical, su credo de acción y vida. Y debía ser así, puesto que el libro de Don Francisco fue el espléndido fluir de su vida, como la poesía única de Juan Ramón Jiménez yace en el mismo afán de perfección poética, que le hace no mirar como última y definitivamente conclusa ninguna producción determinada. Poesía del poetizar; o el vivir del espíritu, como incesante filosofía del filosofar, en busca del absoluto humano, en perenne ascenso o ejercicio para conseguir no una verdad meta de tipo racional o científico, sino un acercamiento (en fin de cuentas más religioso que intelectual) al ámbito infinito del espíritu del Universo, presente y activo en cada instante de los tiempos, y en cada punto del espacio. El Universo como templo. Lo inefable.

Ciertos rasgos del maestro eran muy perceptibles en aquel otro varón prodigioso y encantador que se llamó Manuel B. Cossío, que a las veces acaece a algunos discípulos destacar en más relieve ciertas tendencias del precursor. En mis conversaciones con Cossío, anciano y doliente, lamentaba que no se decidiera a poner por escrito muchas de las sugestivas ideas sobre arte y vida que se le ocurrían en el transcurso de nuestras pláticas, y que fatalmente veía iban a perderse para los demás. Y él sostenía que ya era bastante hacerlas vibrar en el aire de la conversación. Lo cual no puede interpretarse ni como modestia simple, ni como leve esteticismo, ya que en eso justamente se descubre la radical posición frente a la vida a que antes me he referido. El momento fugaz es sostén de cada idea, la cual vale en cuanto aspecto de una función vital y creadora, que esa sí es radicalmente esencial. El momento fugaz arrastra en su vuelo la idea o el dicho feliz, como el punto de amor quema un infinito sin resto, punto inguardable e intransferible, que en cada instante necesita ser recreado *ex nihilo*. De ahí el absurdo de exigir consecuencia

de causa a efecto a lo que es un eterno y absoluto renacer. La mujer del amor perfecto es la que siempre parece estar llegando de nuevo, aunque nos ocurra su vista veinte veces en el mismo día.

Decía hace un instante que Giner no se había distinguido por estas o aquellas actividades que comunmente sirven de escala al valor imperecedero. Y he aquí que todas esas negaciones precursoras, lejos de devastar los contornos de su ser magnífico, sirven tan sólo para descubrir el foso tras el cual se alza una maravillosa fortaleza humana, tan segura de sí como desdenosa del más allá. Un firme plan regulaba los menores actos de Don Francisco Giner de los Ríos. Pero su virtud y su atractivo no procedían de que tales actos se acordaran con sus principios, como acontece a quienes parecen consumir toda su fuerza en mantener en tenaz soldadura un programa y una vida. Lo admirable y admirado en Giner era el espectáculo de cómo iba proyectándose la doctrina en el vivir. Admiraba que tal torrente de calidades, cuyo fragor se dejaba advertir muy luego, tolerara encauzarse en el estricto límite de la santa e inteligente acción de cada día. A veces lamentábamos los que éramos menos santos que siendo tan eximio filósofo, y sabio en tanta cosa, no se arrojara a laborar en tareas absolutas de ciencia o arte más bien que en el moldeo de espíritus necesitados de una dirección. Pero en Giner revivía el ardor de nuestros cazadores de almas del siglo XVI; una religiosidad sin exponente determinado se humanizaba en ciencia y moral y fulgía en destellos de arte. Humanismo ascético, pero que ya no desdena el mundo; porque el mundo se había redivinizado, como un abierto templo del espíritu.

El recuerdo de Giner de los Ríos es hoy un refugio, y por tanto, una pausa de aliento. Su sueño de una patria alerta y concorde ¿qué fue de él? ¿Se hubiera podido *salvar* España con sus métodos, que aspiraban nada menos que a la reedificación de cada existencia según planos exquisitos, reaccionando contra anquilosis y perversas deformidades, acaso inveteradas? ¿No era, a pesar de todo, muy chica vacuna para tan ancho cuerpo? No pretendía Don Francisco extranjerizar a España cuya peculiaridad en lo que tenía de valiosa adoraba como nadie. ¡Aquella su laude de la expresión *hombria de bien*, intraducible a ningún idioma! Quiso rehispanizar a España con limpios fermentos de pura hispanidad. Porque vió que era imposible el combate directo y de frente, como lo sería querer horadar el túnel a cabezadas. Entre el ambiente temeroso de una nación adormecida y sin ninguna clara volición, y su ímpetu transformador, interpuso unos procedimientos sumamente lentos, lo más contrario que cupiera a una acometida espectacular o revolucionaria. Juzgaba aquel hombre santo e inteligente que reformando el ánimo del niño y el del joven, y rectificando las mentes con nobles ejercicios de vida e intelecto, a la postre el ánimo y la mente de España serían otros, sin

dejar de haber sido nunca ellos mismos. Tensión impetuosa en la raíz del propósito; medida delicadísima en sus realizaciones. Eso fue, y no otra cosa. Supo ser el mejor, y a tal fin ordenó su prodigiosa inteligencia. Era ésta tan sutilmente tajante que hubiera podido permitírsele todo y, siempre le habría sobrado margen para ser ensalzado. Fue una virtud de pleno conocimiento. "Todo en esta vida tiene su precio", solía decir. Pero él no rehuyó ningún riesgo, ni ante su presente ni cara al futuro.

(De *Là Nación*. Buenos Aires).

## El Carácter Inglés

Por ANDRE MAUROIS

*Conferencia sustentada por el autor, en la "Université des Annales" de París.*

ANALIZAMOS recientemente los elementos históricos y geográficos que han contribuido a formar el carácter inglés. Nos proponemos, en esta ocasión, estudiar los efectos psicológicos de estas causas. Antes, quisiera tomar una precaución, y aun dos: la primera respecto a mis amigos ingleses que veo, muy numerosos, en esta sala. Ellos saben muy bien que me merecen tanta estimación como amistad. Y no ignoran que voy a hablar con simpatía. Pero también voy a hablar, en cuanto de mí dependa, con verdad, y les ruego que no me guarden rencor, si, al lado de las luces del cuadro, aparecen también las indispensables sombras.

La segunda precaución consistirá en recordarnos lo difícil de nuestro propósito: ¿El carácter inglés?... Pero ¿es que en realidad existe este carácter que, tan temerariamente, pretendemos describir? Existen millones de ingleses, ¿se parecerá Mr. Baldwin a Mr. Churchill? ¿Mr. Churchill a Mr. Aldous Huxley? La respuesta evidentemente es negativa. Y, sin embargo, yo creo que entre millones de ingleses, como entre millones de franceses, existen cierto número de rasgos comunes. Sabemos que el albaricoquero producirá siempre albaricoques, nunca manzanas o peras. Del mismo modo, sabemos que un inglés, en casi todas las circunstancias de su vida, producirá reacciones inglesas, así como un francés reacciones francesas. Son estas reacciones, justamente las que vamos a procurar describir aquí.

### *Un hombre feliz*

En ocasión anterior hicimos notar ya que los ingleses han sido a través de toda su historia, un pueblo feliz. Naturalmente esta amplia felicidad, este éxito constante, han producido efectos duraderos.

a) En primer lugar, la felicidad inspira necesariamente a una nación cierta confianza en la vida y cierto orgullo colectivo. El pueblo que ha gozado de tan larga dicha se cree un pueblo elegido, predilecto. Ya desde el siglo XVII, el poeta Milton afirmó que, cuando Dios quiere realizar sobre la tierra cualquiera obra grande, piensa siempre en los ingleses. Más tarde, Lord Curzon dedica un libro "a todos aquellos y aquellas que, como yo, creen que el Imperio británico, por designio de la providencia, es la mayor fuerza que existe en el mundo para bien de la humanidad".

Esta certidumbre de que todas las cosas son mejores en Inglaterra, y de que es anormal cuanto se hace fuera de ella, es un sentimiento que en ocasiones se manifiesta de una manera bastante divertida. Existe una guía para viajeros ingleses que comienza con esta frase: "todo inglés que viaje dentro del Continente, debe recordar que, fuera de las Islas Británicas, todos los choferes llevan sus coches por el lado malo de la carretera". ¿Por qué por el lado malo? Pues, únicamente, porque no es el lado inglés.

Algunas veces esta ingenua insularidad produce hermosos efectos que son grandemente útiles para el país. Por los días de la desvalorización de la moneda inglesa, me encontraba yo en Inglaterra. Bruscamente la libra había bajado de 125 a 75 francos. Uno de mis amigos ingleses me preguntó:

—¿Qué ocurre en el Continente? Por todas partes las monedas continentales suben en este momento de una manera absurda.

—¡Cómo!—le contesté— no es que suban las monedas continentales, es que ha bajado la libra.

—¡Ah, no!—repuso mi amigo, un tanto sorprendido— No. Eso es imposible; la libra no puede bajar. La libra es la libra.

Y de la misma manera, durante la guerra, los oficiales y soldados ingleses, en los peores momentos—y aun en el horrible mes de marzo de 1918—cuando el frente acababa de ser roto, me decían insistentemente.

—Sin duda, venceremos...

Y yo contestaba:

—Así lo espero, así quiero creerlo... Pero... la situación es terrible.

—Sin duda—decíanme ellos—la situación es terrible; pero necesariamente venceremos: porque hemos vencido siempre y porque no hay razón para que hoy ya no sea así.

Esta certidumbre, esta confianza, son realmente fuerzas preciosas.

\* \* \*

b) Segundo rasgo: este orgullo colectivo engendra una gran modestia personal. Cuando un pueblo siente el orgullo de ser él mismo, cuando siente el orgullo a la vez que de su pasado, de su carácter y de sus instituciones, este pueblo no tiene esos complejos temibles que, en otros países, engendran tan peligrosas vanidades. Los individuos ingleses son extremadamente modestos. Cuando se encuentra uno con un inglés a quien